—No saldrá vd. de San Martín, le dije fuera de mí; porque necesito tenerle cerca, para ahorcarle tan luego como Remedios haya sido arrastrada contra su voluntad fuera del pueblo.

—¡Juan! ¡Juanillo! ¡Mira, hijo, por Dios! gritaba el vejete juntando las manos. Te juro que.....

—¡No jure vd.!

—¡Pero, hijo, escúchame! ¡Escúchame! clamaba Cañas metido en un rincón y temblando como azogado.

—Mire vd., le dije con tono sombrío y fuera de mí; vuelva vd. en este momento á su casa; invente uno de esos ardides que sabe inventar, y haga que Remedios no salga de San Martín. De lo contrario, por mi madre le juro, que tan luego como la plaza se tome, pegaré fuego á su casa, y le ahorcaré á vd., á su mujer y á toda su raza maldita!

—¡Juanito!

—¡Lo juro por mi madre! repetí.

Y tomando al síndico por la nuca, le arrojé á la calle gritándole:

—¡Vaya vd.!

XVII.

El asalto.

Procuraba yo en vano aliviar y contener la inquietud y desazón de que estaba poseído, y á las cuales acudían con no poca frecuencia Minga y su madre, ya separándome de la ventanilla, ya impidiendo que quitara la tranca que sujetaba la puerta, y que inconvenientemente quería yo á cada momento apartar, ya haciéndome regresar del patio por donde pudiera escaparme, á no estar constantemente vigilado.

—¡Qué tal el Don Abundio! decía Minga con mofa; ¡fíese de él! Pero no tenga cuidao, que ora ya no deja ir á la niña.

Sin embargo, hice que la anciana volviera á buscar á Felicia, para rogarle que si los

preparativos de viaje no se suspendían me mandara á su criada para avisármelo. Y la buena vieja, que como madre de Minga, era valiente y desenfadada, salió de nuevo, recomendando á su hija que no me dejara hacer una barbaridad.

¡Qué día aquel para mí! El sol ascendía con una lentitud desesperante y llegó al fin á ponerse sobre nuestras cabezas. La anciana no volvía aun, ni Don Mateo asaltaba, ni tenía yo nueva noticia de nadie. ¡Cómo pude permanecer encerrado tantas horas, sin saltar al fin la cerca y hacerme matar, no lo sé!

Cuando así me hallaba y acudía con mayor frecuencia á la ventanilla para ver si descubría de lejos á la anciana, una voz sofocada y jadeante me gritó á la espalda:

—¡Ya vienen!

Era el tío Lucas, que parecía agotar en aquel sólo día todas las fuerzas que le quedaban para la vida. Sentóse el viejo en la cama de Minga, con la boca abierta y movimiento de fuelle de herrería en la caja del cuerpo, llevando con la cabeza el compás violento de la respiración.

Á pesar de su sofocación la hice hablar, aunque con palabras cortadas por el aliento con fuerza despedido. Don Mateo con su gente quedaban á media legua organizándose; el tío Lucas había enterado al Coronel de todo lo dicho por el síndico, y volvía á San Martín con orden de reunir el mayor número de pedreños para desordenar en lo posible las fuerzas de Coderas, cuando regresaran al pueblo, puesto que probablemente no querrían más que probar fortuna á campo raso. Al llegar el tío Lucas al arroyo, vió que bajaban del llano alto unos cinco hombres á galope, que eran de una avanzada de Coderas.

En efecto, cuando me refería esto, oimos en la calle ruido de caballos que pasaban corriendo y de espadas azotadas contra el estribo. Casi al mismo tiempo se abrió la puerta, y la madre de Minga, algo pálida y echando chispas por los ojos entró en la estancia.

—¡Por poco me arrollan estos perros! dijo con ira, y lanzó una andanada de verbos y adjetivos que no puedo repetir.

—¿Qué hay? la pregunté agitado.

—¿Qué hay? que si no ha sido por mi sobrino Matías que está en la trinchera de la Iglesia, no puedo regresar. ¡Malditos hambrientos! Que venga Pedro y le contaré quienes no me dejaron salir y las groserías que me dijeron. Ya digo, si no es Matías, me quedo en la plaza.

—¿Y Felicia qué dice? le interrumpí lleno de impaciencia.

—Qué los caballos estan listos; pero que Don Abundio le mandó decir que le mande decir á vd. que no tenga cuidao, porque no se ha de ir la niña Remedios. Pero tenga cuenta, Don Juanito, que ese hombre es muy sinvergüenza.

Procurando que fuera al grano, la hice entonces referirme cuanto pudiera importarnos. Coderas y Soria habían acordado el plan de defensa, seguros de que Don Mateo no podría en varios días tomar la plaza; y en tanto llegarían los auxilios del distrito inmediato, cuyo Jefe político estaba en comunicación con el de San Martín. Á última hora, se había determinado que Coderas saliera con doscientos hombres para probar una lucha á orillas del pueblo, apoyado en los cien que con Soria quedaban en la Plaza. Si la fortuna les era adversa (que no lo creía el arrojado Jefe), haría una retirada sobre las trincheras mejor preparadas, para determinar á Don Mateo á atacar por allí.

—Ahora lo prencipal, me dijo la vieja. Le manda decir la niña Remedios, que quieren sacar á todos los presos y ponerlos en esas trincheras, pa que se asusten los otros y no puedan tirar sin matar á sus gentes.

El cabello se me puso de punta, sentí un desvanecimiento que estuvo á pique de dar conmigo en tierra, y con el semblante descompuesto y el aliento cortado, apenas pude volverme al tío Lucas. Paróse éste asustado y acudió á detenerme; pero ya volvía pronto sobre mí y tomaba yo el imperioso tono que en tales casos me constituía jefe de los que me rodeaban.

—Corra vd., le dije rápidamente; reuna en seguida á los que anoche se comprometieron á seguirnos, y que estén aquí en el acto.

Mi voz cobraba tal autoridad é imperio, que rara vez oía yo una ligera réplica. El viejo sin hacerla se dirigió á la puerta; pero al abrirla retrocedió violentamente.

—¡Ahí vienen! dijo á media voz.

Minga me separó de la ventana, empujándome con fuerza, y Coderas con su tropa siguió el rumbo del Arroyo con paso precipitado.

Algunas gentes del pueblo seguían á la fuerza por curiosidad, otras se asomaban á las puertas, y las menos se encerraban precavidamente, atrancando sus puertas.

Agotada á este punto mi cordura y paciencia, y sacándome la agitación de todo término juicioso, echéme fuera con el tío Lucas, citándole para aquel mismo lugar y dentro del mismo término.

Sin ocultarme, sin miramientos ni temores, corrí á la casa de Bermejo, á las de los regidores presos que tenían más inmediatas sus habitaciones, á las de todos los que sufrían en la cárcel, dando la voz de alarma con la terrible noticia que yo había recibido. En esta obtenía un hombre; en aquella una arma; de aquí sacaba un hijo espantado; de acullá un padre medio loco, y en todas sembraba el terror y despertaba las más violentas manifestaciones del odio y la angustia.

Media hora después, en el patio de Pedro Martín tenía reunidos hasta unos treinta hombres que, dignos soldados de un jefe como yo, pelearían como tigres y no se saciarían con trescientas víctimas. Quién hablaba de ahorcar á la esposa é hijos de Coderas; quién de arrastrar á Soria por las calles hasta dejarle muerto en el muladar; quién de saquear la casa de los Gonzagas; quién de pasar á cuchillo á todo el barrio de las Lomas, con excepciones muy contadas. Y á mí me parecía bien todo aquello, y aprobaba enérgicamente tan salvajes propósitos, mientras daba armas á los que no las tenían, y comunicaba mis órdenes al tío Lucas.

Oyóse en aquel momento la primera descarga de la pelea, y yo sentí que recorría mi cuerpo un escalofrío mezcla de terror y de impaciencia por combatir. Me sentí em-

pujado hacia á la plaza, y los labios rebosando palabras de un lenguaje soez, que yo mismo me admiraba de saber. Lo malo predominaba en mí, y sucedía que al encontrarme en el encendido elemento de las pasiones de la bola, inconcientemente me trasformaba, nivelándose mi temperatura con la del aire que respiraba.

En tales momentos no tuve la idea de formar un plan de campaña. Yo sabía que iba en defensa de mi madre, cuya vida estaba gravemente expuesta, y que debía acudir violentamente á mi objeto. Cómo lo procuraría, ni lo pensé ni me ocurrió pensarlo. El tío Lucas se atrevió á recordarme que el objeto del Coronel era que desconcertáramos al enemigo en su retirada.

—¡Síganme todos! grité con imperio.

Y todos me siguieron con bríos iguales á los que me animaban.

Nos dirigimos por detrás de la casa de Minga hasta las últimas del pueblo, y enderezando allí el rumbo á la derecha, caminamos á paso veloz paralelamente á la calle que conducía á la plaza. Detuvímonos al

llegar frente á ésta, no sin asombro de los vecinos, y una vez allí, nos acercamos cautelosamente hasta tener la cárcl á la vista.

Ajenos de tener enemigos tan cerca, los de la plaza estaban atentos al ruido de la fusilería que se descargaba casi á orillas del arroyo. Delante de nosotros estaba la subida de la barranca para llegar á la plaza y á la puerta de la prisión; y en ésta que apenas podía verse, porque se interponía el corral del Ayuntamiento, se divisaba un centinela.

—No han sacado á los presos todavía, dije á mis compañeros. Esperemos aquí hasta ver algún movimiento que indique que se trata de sacarlos.

Una sola escopeta había entre nuestras armas; las demás ó eran machetes ó garrochas ó cuchillos amarrados al extremo de una asta. Yo, sin embargo, me creía invencible.

El estruendo lejano de los fusiles, que á decir verdad no era mucho ni espantable, dado el corto número de los combatientes y el más corto aún de las armas de fuego, se

hizo menor al cabo de algunos minutos, y los tiros aislados que se oían me parecieron disparados dentro ya de San Martín. Hice á mi gente que se acercara hasta el pie de la subida, quedando yo en el sitio para no perder de vista la cárcel; y corrí á alcanzarla, cuando las descargas de las trincheras me hicieron comprender que Soria había entrado en la plaza y que Don Mateo estaba frente á ella.

Subimos hasta el corral antes de que el centinela pudiera dar la voz de alarma, y cuando Coderas y Soria rechazaban á Don Mateo en su primer empuje. Cogido de improviso, el centinela huyó hacia la plaza; y nosotros, sin calcular la imprudencia de nuestra impaciente acción, nos echamos sobre la puerta de la cárcel, y á pocos esfuerzos la hicimos saltar hecha pedazos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO REYES
MONTERREY, MEXICO

XVIII.

Última lucha.

El Coronel Cabezudo no había echado en saco roto las noticias que el tío Lucas le llevara de parte de Don Abundio Cañas, y dejando á Pedro Martín encargado de las fuerzas que inútilmente atacaban la trinchera más fuerte, hizo un movimiento rápido para embestir por el lado de la cárcel. Mas no lo fué tanto que Coderas no tuviese tiempo de mandar á la defensa de aquel punto á Soria con buen número de soldados. De aquí que al romper nosotros la puerta de la cárcel, recibiéramos á la vez, aunque á distancia, las descargas de la plaza y de los asaltantes, pues unos y otros nos tuvieron por enemigos.

Dos de mis hombres cayeron heridos, y el resto, asustados por la sorpresa, se entraron en la prisión, poniendo en el último punto del terror á los infelices presos, que se refugiaron en el patio y piezas interiores.

Entré yo el último y los animé con mis voces obligándoles á salir para auxiliar la entrada de Don Mateo; pero apenas asomados á la puerta, recibimos otra descarga y retrocedimos.

Los asaltantes llegaron hasta el corral, de suerte que cuando el estruendo de los fusiles lo permitía, oía yo las voces de Don Mateo. Soria, detenido por el fuego enemigo, quedó á pie firme junto á la Jefatura, sin avanzar ni retroceder. Ambos temían al enemigo que suponían dentro de la cárcel. Al fin avanzaron unos y otros, y en medio del humo de la pólvora y del polvo del suelo, que formaban como oscura niebla, tuvieron un encuentro rudo junto á la cárcel, cuerpo á cuerpo. Después de algunos minutos, Soria retrocedió algunos pasos hasta estrecharse con la pared de la prisión; su gente parecía hallarse en el supremo instante de vacilación que precede á la derrota, y comprendiéndolo Don Mateo, animó á su fuerza, la empujó y oí que dió esta orden:

—¡Entra á la cárcel, Perfecto, y acaba con ellos!

¡Y sí acabaría, en la seguedad del combate, sin reconocer á sus amigos!

—¡No! ¡No entrará mientras yo viva! ¡Echémonos fuera!

Y de un salto me puse en el lugar de la lucha, seguido de mis compañeros.

Treinta hombres más, poseidos de desesperación, eran un fuerte auxilio para la defensa, y á nuestro primer empuje, Perfecto retrocedió sorprendido, á pesar de la superioridad de sus fuerzas.

—¡El Jefe está herido! oí decir á mi lado.

—¡Sosténganse! grité al tío Lucas, que atacaba sin conciencia á su compadre. Y busqué al jefe herido que podía significar la derrota y la invasión ciega de la cárcel.

Soria, en efecto, bañado en sangre, se apoyaba en la pared próximo á caer.

¡Quién me inspiró tal acción! Tomé del suelo la espada de aquella fiera, y esgrimién-

dola de plano con brazo rápido y fuerte sobre los soldados de Coderas, les grité:

—¡Yo soy el Jefe! ¡Adelante! ¡Al que retroceda le mato!

Y en este segundo encuentro, más duro y sangriento que el anterior, el Coronel y su tropa retrocedieron hasta el corral, á pesar de los ternos, blasfemias y cintarazos del terrible y colérico cabecilla.

En vano traté allí de hacerme oir de Don Mateo ó de alguno de sus hombres; en vano agité un pañuelo blanco que sabía yo que suele significar la suspensión momentánea de la lucha: ni era yo visto ni oido. Y como mi fuerza, no hostigada por golpes ni voces en aquel instante, detuvo su avance, supúsola el Coronel debilitada é hizo un último empuje.

—¡No hay remedio! pensé.

Y dando las voces necesarias, y animando con el ejemplo de mi arrojo, me eché sobre la mal parada gente de Don Mateo.

Toda la dificultad consistió en hacerlos llegar al descenso de la barranca, en donde la gravedad, que en nada como en los combates demuestra mejor su imperio, obró el efecto de arrastrar á los asaltantes en revuelto remolino y desorden, hasta lo más hondo del terreno y lo más completo de la derrota.

Ordené violentamente al tío Lucas que se colocara solo en la puerta de la cárcel, calculando que al volver Don Mateo (como volvería) sobre aquel punto, viéndole abandonado le observaría con tranquilidad y reconocería al viejo, que por precaución quedaba también provisto de un pañuelo blanco atado á una asta. Y tomada esta medida, me dirigí á la plaza á paso de carga, poniendo á la vanguardia á mis primeros acompañantes, armados ya de fusiles recogidos en el campo.

Los soldados de Coderas, con que acababa de rechazar á Don Mateo, me servían ahora para atacar á su jefe. Para ellos daba lo mismo, si mi espada les sacudía las espaldas y mi voz, la voz del vencedor, los alentaba en la pelea. Ni comprendían ni trataban quizá de comprender tal embolismo.

La fuerza de la trinchera principal, man-

dada en persona por Coderas, se vió, pues, atacada por la espalda, y después de una corta resistencia abandonó su puesto, replegándose sobre la iglesia. Pedro Martín, que por su arrojo y su torpeza había perdido mucha gente, entró en seguida á la plaza; y cuando atacada por su fuerza y la mía, la de Coderas se dispersaba, corriendo en todas direcciones, Don Mateo, jadeante y agitado, llegaba por el lado de la cárcel y la Jefatura, para tomar parte en la victoria, ya que tan principal la había alcanzado en la derrota.

Lo que pudiera seguir á este triunfo me importaba á mí poco ó nada. ¡Había yo salvado á mi madre y logrado impedir el rapto de Remedios! Ellas eran mi único galardón; mi único laurel, las bendiciones de la una y de la otra y una mirada agradecida.

Dejé á Don Mateo y á Pedro Martín la triste tarea de perseguir á Coderas y afligir á los míseros vencidos, y corrí á la cárcel en busca de mi pobre madre.

El tío Lucas permanecía á la puerta y entró conmigo en el patio y piezas interiores de la prisión.

—¡Ya están libres! gritó el viejo á los acobardados presos del patio. ¡Hemos ganao!

Todos prorrumpieron en exclamaciones de gozo.

Yo, no encontrando allí á mi madre, entré en un cuarto cuya puerta estaba entornada; y apenas dí un paso en la estrecha estancia, sin distinguir por la escasez de luz los objetos, oí una voz que con supremo gozo exclamó;

—¡Mi hijo!

Corrí á la cama en que mi madre se hallaba, y anudada la garganta, y ahogada la respiración, me puse de rodillas, junté mi frente á la de la noble mujer, y mis lágrimas se confundieron con las suyas y se confundió el calor de nuestros sollozos.

—¡Bendito sea Dios! dijo al fin. ¡Cuánto he sufrido por tí!

Cuando levanté la cabeza, ví que mi madre no estaba sola; una mujer del pueblo la acompañaba.

—¡La pobre Remedios, es un ángel! añadió mi madre. Sin sus cuidados me habría muerto aquí. Ella me ha enviado no sé cómo, estos muebles y esta fiel compañera para asistirme en mi enfermedad.

¡Bendita niña! ¡Cuán poco era lo que yo había hecho por corazón tan noble y generoso! ¡Á haberla tenido allí cerca la habría ahogado entre mis brazos!

Aquella misma tarde, cuando las campanas eran echadas á vuelo por los vencedores, trasladé á mi madre á la casa del señor Cura, porque la mía estaba convertida en hospital de sangre. Pero al mirarla á la luz más clara, quedé heledo de espanto: estaba flaca, envejecida y de un color amarillo terroso que daba miedo.

XIX.

El vencedor.

Para mi alma adolorida y azotada por la inflexible conciencia que me culpaba de la enfermedad de mi madre, no hubo halagos de triunfo ni vanidad de victoria.

Á pesar del cansancio que me agobiaba y del sueño que hinchaba mis párpados, no podía ni quería dormir aquella noche. Felicia me instaba, aun frunciendo el terso ceño, no hecho á gestos de enojo, y me amenazaba con no mandar recados á Remedios, si no la obedecía.

—¡Tonto! exclamaba la dulce niña, mirándome de mal talante; yo cuido mejor que tú á la señora, y hasta la quiero más. Acuéstate, duérmete. Llegarás tú también